



EL CENTENARIO DE UNA GRAN DAMA DOÑA ELMINA PAZ DE GALLO

Conmemoró ayer el pueblo de Tucumán el centenario del nacimiento de uno de esos seres excepcionales que, sólo de vez en cuando, aparecen sobre la tierra para sembrar en su derredor la simpatía y el amor y para hacer a sus semejantes todo el bien posible. De pocos puede decirse, en verdad, con tanta exactitud como de Da. Elmina Paz de Gallo: <<Pertransit benefaciendo>> - Pasó por el mundo haciendo el bien...

En diciembre de 1866, Tucumán gemía bajo el terrible azote del cólera asiático, importado de Europa poco tiempo antes y difundido, por lamentablemente la imprevisión, a las provincias del interior. La ciudad presentaba un cuadro de espantosa desolación del que fuimos testigos presenciales, ya que nos tocó actuar modestamente como practicantes improvisados en un hospital creado igualmente, a la buena de Dios, en pocas horas.

En la pequeña población – que no debía pasar entonces de 25 mil habitantes - ¡llegaron a producirse en un día 500 casos nuevos y 117 defunciones e cólera! La angustia y el terror eran solo comparables a los que nos han relatado Tucídides en la famosa peste de Atenas y otros historiadores en epidemias análogas de épocas aciagas. Al menor síntoma de enfermedad que semejara al cólera, la gente se enloquecía; parientes y amigos abandonaban al enfermo – presunto o real -, y multitud de desgraciados fueron encontrados casi muribundos y absolutamente sólo, clamando desesperadamente por un poco de agua para calmar su terrible sed. Por la mañana, al abrir la puerta de los hospitales, encontrábase allí, tirados en el suelo, niños y adultos enfermos que los parientes habían dejado, huyendo después despavoridos.

En esas terribles circunstancias, en que la acción de los poderes públicos – sorprendidos por la inconcebible gravedad y extensión del mal en pocas semanas – no lograba organizar ni mediocrementemente los servicios de asistencia, surgieron felizmente algunos espíritus superiores que prestaron abnegadamente, con serio peligro de su vida, servicios inapreciables a los coléricos y sus familias.

Muchos niños quedaron, naturalmente, abandonados y huérfanos, privados de todo auxilio y hasta de los cuidados más elementales. Fue entonces que el alma noblísima y piadosa de una dama de la alta sociedad tucumana, <<dama de alcuña y de hacienda>>, Da. Elmina Paz de Gallo, que habíase ya revelado en múltiples obras de caridad, mostrándose en toda la grandeza del más sublime fervor divino y humano. Su grande y señorial casa de la calle Veinticuatro de Setiembre fue el primer albergue que ella ofreció a los pobres niños huérfanos. Y allí se los llevaron miserables, hambrientos y desnudos y acogiólos ella con amor humano y con inefable piedad cristiana. Los lujosos salones fueron rápidamente transformados en dormitorios de niños abandonados y la noble dama, que, a pesar de su natural modestía, había

brillado tantas veces en las fiestas sociales, transformóse en algo más que aya, hermana de caridad y enfermera, en verdadera madre de todos los chicos desgraciados de su pueblo. Dejó ella de ser la señora Paz de Gallo para responder en adelante al dulce nombre de <<Madre Elmina>>, con que habían de honrarla después de dos generaciones sucesivas en su provincia de Tucumán.

Más tarde formalizó e hizo definitiva su vocación. Resolvió entregar toda su fortuna en beneficio de la infancia abandonada y mandó construir en un amplio terreno el gran asilo cariñoso y maternal que había de llevar el <<Dulce Nombre de Jesús>>. Otras jóvenes, también piadosas y abnegadas, casi todas pertenecientes a familias distinguidas, entusiasmadas con su ejemplo, reuniéronse en torno suyo para secundarla en su noblísima tarea, y formóse así en pocos meses una congregación genuinamente argentina y eminentemente cristiana, la de las Hermanas Domínicas, que ella organizó y presidió, con virtud y celo ejemplares, a través, de múltiples y graves vicisitudes, desde 1888 hasta 1911, en que entregó santamente su alma al Creador.

Esta obra magnífica, a la vez hogar, escuela y asilo, extendióse después en una hermosa floración de caridad y de fé. En Monteros, primero; en Santiago del Estero, después; en Rosario y buenos Aires más tarde, fundáronse casas filiarles en que los pobre niños necesitados de auxilio habían de encontrar abrigo, pan, instrucción y amor; amor, sobre todo, que es lo que más falta hace al alma tierna de las débiles criaturas.

Así vivió, y así llegó a morir, esta mujer exquisita, suave y dulce para los que sufrían, decidida y firme para luchar por ellos, fuerte para soportar los embates de la suerte adversa que llegó, en terribles momentos, a privarla a ella – y a privar a su obra – de los recursos cuantiosos que había consagrado a la infancia abandonada.

Así vivió, y así llegó a morir, encendida en santo amor divino y humano, alma mística en la piedad cristiana hízose acción fecunda y fuente perenne de redención, esta mujer excepcional de que Tucumán se enorgullece con razón y cuyo nombre ha de perdurar, por los siglos de los siglos, nimbado de dulce gloria, para iluminar, como faro inextinguible, la ruta del bien, de la caridad cristiana de la fe y de la esperanza.

“La Nación” Setiembre 11 de 1933

Gregorio Aráoz Alfaro

Libro Centenario del Nacimiento de 1933

Páginas 77 - 79